
*Mujeres y fútbol:
¿territorio conquistado o a conquistar?*

✉ Gabriela Binello, Mariana Conde,
Analía Martínez y María Graciela Rodríguez*

“El relato no expresa una práctica. No se limita a expresar un movimiento.
Lo hace.” (Michel de Certeau)

Históricamente, la mirada sobre el deporte ha sido una mirada construida desde el punto de vista del varón, una arena simbólica de un ethos masculino escenificada públicamente. No sólo en las retóricas del espectáculo, en donde la presencia femenina es exaltada desde los atributos físicos del género sino también desde las escasas aunque peculiares prácticas de algunas mujeres que, como en los casos de la “Gorda Matosas” y “La Raulito”,¹ fueron objeto de un registro corporal (allí donde las propias prácticas masculinas se inscribían en cuerpos femeninos para luego ser narradas por los hombres). Pero también en los productos específicos sobre el tema deportivo, sean estos del género documental, periodístico o ficcional, el enunciador por excelencia es el varón. Es posible, en suma, afirmar que las gramáticas de producción que sostienen al discurso futbolístico provienen mayoritariamente del universo masculino. De hecho el fútbol ha servido como acontecimiento co-fundante de una identidad nacional y popular argentina.²

* Gabriela Binello, Licenciada en Ciencias de la Comunicación-U.B.A.; Mariana Conde, alumna avanzada de la carrera de Ciencias de la Comunicación-U.B.A.; Analía Martínez, Licenciada en Ciencias de la Comunicación-U.B.A., Becaria del CONICET y María Graciela Rodríguez, Licenciada en Ciencias de la Comunicación-U.B.A., Becaria del CONICET. Integrantes del Proyecto UBACyT TS-55, Instituto de Investigaciones “Gino Germani”, Facultad de Ciencias Sociales (U.B.A.) y del PIP0181/98 del CONICET.

Posiblemente, si se rastrea la historia del fútbol en clave de género, parecería el momento de su institucionalización, hacia mediados del siglo XIX, como el momento decisivo en que esa práctica es capturada por las instancias de escolarización primero, de esparcimiento después y de profesionalización por último, y, en esta captura, las mujeres, que en épocas pre-modernas jugaban, junto con niños y adultos varones, a una especie de fútbol recreativo,³ quedaron definitivamente afuera. Con la modernidad, la práctica, el discurso de esa práctica y su representación, se constituyeron como un mundo masculino en el cual las reglas objetivas y los valores que circulan interna y externamente a ella, pertenecen a su dominio.

¿Qué ocurre entonces cuando las mujeres, especialmente en los últimos años, se introducen en un mundo en el cual enunciadores y enunciados son del orden de lo masculino? Si, como afirman Bourdieu y Wacquant, el poder simbólico y la autoridad para imponerlo provienen simplemente de “el poder de constituir lo dado, enunciándolo” (1995: p.106), la aparición de un “otro” que está afuera del discurso, se presenta como un extranjero que perturba el campo y al que es necesario definir. Dicho en otras palabras, si el fútbol es narrado por los hombres, es el discurso del “otro” el que definirá el campo de las prácticas de las mujeres, sean éstas espectadoras massmediáticas, deportistas, asistentes a los estadios, hinchas militantes o barras bravas (que las hay). De ahí que la identidad de la mujer respecto de este particular universo necesariamente deba constituirse en forma heterónoma, es decir con las reglas y los valores del otro.

Aunque ello no signifique que estas prácticas no puedan constituirse de manera alternativa, la ausencia de lucha simbólica así como de otras formas de conflicto entre géneros parece indicar, en una primera mirada, que la aparición de las mujeres en el universo futbolístico no se presenta como una amenaza, ni siquiera como un desafío que implique la posibilidad de modificar el actual estado de las cosas. En otras palabras, el fútbol no es un territorio a conquistar: es un territorio conquistado.

Los propios valores masculinos que circulan al interior del campo parecerían definir la ausencia de conflicto inter-géneros en tanto que el eje nosotros-otros instalado en el discurso de las hinchadas se construye no a partir del género sino a partir de la oposición del “macho” con quien no posee esa condición (Archetti, 1992). En este sentido, Archetti afirma que el fútbol, en tanto arena expresiva, constituye un ethos masculino, que afirma la virilidad en torno a dos ejes contrapuestos: el de homosexual y el de púber (o no-iniciado). Ambos serían formas de identidad de valor negativo: en uno por la ausencia de virilidad y en el otro por su asociación con la madurez, la autonomía, la independencia y la capacidad de ejercer la propia voluntad que poseen los adultos (Archetti, 1985).⁴

Estos atributos de masculinidad que señala Archetti no remiten específicamente a lo contrario de la femineidad, y dejan afuera por ende al par oposicional

“ser hombre-ser mujer”: el fútbol, en tanto ritual masculino, reafirma las diferencias padre/hijo y macho/homosexual. De allí los cantitos que remiten a “hijos nuestros” y/o a sometimientos sexuales. Las mujeres que actualmente aparecen en las canchas de fútbol no pierden sus atributos femeninos, antes bien, los exponen. Y esto indica que hay una aceptación si se quiere dócil de su presencia en los estadios por parte de los hombres, porque estas mujeres no desafían ni cuestionan su masculinidad, en tanto no amenazan su heterosexualidad.

Sin embargo, en los últimos años se produjo un incremento de prácticas femeninas que interrumpen la continuidad del espacio del estadio y de nuevas textualidades que producen discontinuidades en la superficie massmediática, cuyo target de público tradicionalmente masculino parece estar expandiéndose.

Partiendo de este señalamiento y frente a un escenario en el cual la súbita aparición de las mujeres produjo la creación y circulación de imágenes de una suerte de extranjeras en un campo tradicionalmente vedado, nos interesó analizar las distintas formas en que se constituye la identidad femenina, tanto desde las representaciones massmediáticas como desde las percepciones de sí y del otro. En torno a las representaciones emergieron como un indicio fuertemente significativo las narrativas de los medios sobre mujeres-hinchas que aparecen ligadas a los Mundiales de fútbol, especialmente a partir del Mundial de Italia '90⁶ y que decrecen durante el período de cuatro años entre Mundiales. Su representación coyuntural nos indicó que un articulador privilegiado estaría relacionado con la mujer y con la abarcadora, inclusiva y generosa identidad nacional como una forma de legitimar la característica inclusiva del Mundial-espectáculo. De qué modos e interpelando qué valores, es parte del tema de este análisis.

Por otra parte, en un primer trabajo⁶ habíamos observado cierta problemática en torno al eje razón-pasión como un par que define, inversamente a lo que ocurre en la vida cotidiana, las identidades emocionales de género cuando de fútbol se trata: la pasión, atribuible por el sentido común masculino a la mujer, se le niega en este campo. A propósito de esto, nos interesó profundizar sobre los mecanismos retóricos que así definen las identidades y también sobre la percepción de las mujeres respecto de esta atribución de sentido para intentar ver allí las distancias existentes entre la representación (masculina) y la construcción intersubjetiva (femenina).

Para el tratamiento de la primera de las cuestiones hemos recortado un corpus textual que abarcó soportes tanto gráficos como audiovisuales. En cuanto a los soportes gráficos, se seleccionaron los principales medios en cuanto a tirada y repercusión en la opinión pública.⁷

En cuanto al soporte audiovisual se privilegió a *Fútbol de Primera*, el programa futbolístico de televisión abierta de mayor audiencia en la Argentina y que también se transmite en vivo a casi toda Latinoamérica.⁸

Para la segunda cuestión hemos relevado alrededor de trescientas entrevistas realizadas a actores de ambos géneros, los cuales comparten la característica que define su práctica de asistencia a los estadios de fútbol y que, en el marco del proceso de investigación institucional, hemos denominado genéricamente “hinchas militantes”.⁹

La representación coyuntural de las “hinchas” nacionales

Si la constitución de identidades se configura en y a través de los distintos imaginarios sociales que dan marco a las prácticas de los sujetos, su construcción requiere de un tráfico simbólico que las sitúa, singulares, en el conjunto general siendo objeto de una representación cultural. El imaginario que ha construido y construye los roles de género no sólo ha definido el predominio material y simbólico del género masculino, sino que también ha delimitado, al mismo tiempo, los ámbitos prevalecientes de actuación en la divisoria de lo público y lo privado.¹⁰

De allí que una entrada significativa al tema sea la cuestión de la representación de una mujer que se inserta en un escenario público el cual, a la vez que le es ajeno, participa en un proceso fuerte de constitución de identidades nacionales como es el fútbol. De hecho, la inclusión de las mujeres en las pantallas y textos massmediáticos futbolísticos forma parte de los referentes desde los cuales la industria cultural consensúa los nuevos valores que conforman la identidad nacional, toda vez que ésta se ha desplazado de los repertorios tradicionales hacia símbolos fuertemente marcados por las clases populares y por la cultura de masas.¹¹ Las mujeres, en el marco de esta estrategia medial, se convierten en un objeto preciado en el mercado, y su valor se incrementa con la espectacularización del fútbol y de los temas asociados a éste que circulan en la agenda de los medios. Como afirma Villena Fiengo: “Un factor importante es que el fútbol no sólo ha tenido una amplia difusión geográfica, sino que también ha experimentado una difusión intensiva, permeando (...) a prácticamente todos los sectores de la sociedad, atravesando fronteras regionales, de clase, generación, étnicas y —cada vez más— de género” (Villena Fiengo, 1999: p. 4). Y en la construcción y permanente reconstrucción de símbolos y valores que otorguen densidad significativa a la constitución de una identidad nacional, los medios ocupan un lugar privilegiado.

La objetivación de los nuevos actores de género femenino que son representados en este territorio forma parte de algunos de los esquemas que se aplican en el campo massmediático y que acompañan la espectacularización creciente del deporte en general y del fútbol en particular. En función de las narrativas del espectáculo y de la necesidad de convocar audiencias cada vez más extendidas e inclusivas, la interpelación massmediática a la mujer durante las competencias internacionales produce una temporaria sobre-representación de ella que luego decae significativamente. Y si bien el lugar otorgado en esta maquinaria está atra-

vesado por su tratamiento como objeto de la mirada masculina, la mujer parecería reconocer y aceptar las reglas de este juego para, en todo caso, utilizarlas como vía posible de acceso al territorio futbolístico.

Desde el punto de vista icónico, el análisis de las imágenes de mujeres en los estadios mundialistas permite dar cuenta de la mirada masculina que opera sobre la mujer y que produce dos tipos de imágenes: o la representable y tradicional mujer doméstica (madre, esposa, hija) o la menos representable —pero eficaz en términos del imaginario masculino sobre el otro— mujer sensual. De manera que, en el nivel icónico, lejos de constituir un modelo-otro de mujer, se reproduce el orden dominante. Sin embargo, el eje de la nacionalidad debe necesariamente producir un nuevo sesgo diferenciador en tanto las imágenes están interpelando a audiencias femeninas localizadas. De allí que la mayoría de las imágenes femeninas analizadas correspondan a mujeres en donde se da una doble condición: la de la sensualidad (tradicionalmente atribuida al género femenino) y la del exotismo (como un mecanismo para hacer visible al otro).

Esto significa que no todas las mujeres asistentes a los estadios durante el último Mundial han sido capturadas por las operatorias massmediáticas, sino sólo aquellas que responden a esta doble condición. El efecto de sentido así construido produce la ilusión de una representación extendida de mujeres-hinchas de distintas nacionalidades que, además de desplegar atributos femeninos, se presentan como exóticas, coloridas y pintorescas.¹² Y aunque se pudiera observar allí una explícita diferenciación entre países, lo que se privilegia en realidad son los atributos de alteridad antes que la positividad de una identidad nacional, dando cuenta de este modo de una operación de carnavalización generalizada que, al tiempo que incluye nuevos públicos, redefine las lógicas y las reglas del universo masculino sin provocar discontinuidades o incómodas disrupciones. Como afirma Terry Eagleton, “el carnaval es un asunto *autorizado* en todos los sentidos, una ruptura permisible de la hegemonía, un desahogo popular contenido igual de turbado y relativamente ineficaz que la obra de arte revolucionaria” (1998: p.225).

Podría decirse entonces que esta operación de carnavalización, producida por los medios aunque siempre en la intersección con las conductas de los destinatarios interpelados, es una estrategia congruente con la lógica espectacular que atravesía, cada vez con mayor peso, la puesta en escena futbolística.

Por otra parte, desde un eje de análisis que privilegia lo verbal, existe una significativa continuidad con la operación de carnavalización realizada en el nivel icónico sobre las mujeres que ostentan la doble condición que mencionábamos: la mirada masculina que delimita la muestra de mujeres a las más *deseables* y la colocación de la mujer como representante del exótico otro.

Ejemplo de lo primero es el epígrafe, el día 22 de junio de 1998, de una foto de *Olé* tomada a una argentina sentada en un cordón: “Aesta santafesina, hincha

de Unión, los muchachos la piropeaban por las calles”. Por su parte *Perfil*, el día 22 de junio, dice a propósito de las jamaquinas: “La selección de Daniel Passarella goleó en la cancha, pero las jamaquinas se impusieron sin esfuerzo en las gradas francesas”. La operación contraria, es decir de denigración estética, es significativa en el siguiente comentario de *Fútbol de Primera* cuando, tras la derrota de Jamaica, las cámaras toman a las mismas jamaquinas que antes habían sido motivo de celebración en una actitud silenciosa, y Marcelo Araujo, el locutor del programa, comenta: “¿Qué le vas a hacer, gordita?”.

Respecto del exotismo como modo de hacer visible a un actor-otro, dos ejemplos sirven como síntesis: en *Perfil* del día 15 de junio, una foto de las jamaquinas lleva el siguiente epígrafe: “Jamaica perdió en la cancha pero ganó en la tribuna con estas ‘reggae boys’”. El 7 de julio, el mismo periódico titula la foto de unas brasileñas de esta manera: “Brasil juega lindo y en su tribuna la belleza y el colorido se multiplican”.

La visibilidad opera en torno a la doble condición señalada. De allí que nos inclinemos a pensar que se trata de una operación de reclutamiento específica, en donde el actor interpelado adopta ciertas posiciones de sujeto en virtud de una peculiar formación discursiva (Morley, 1996). De este modo, durante el período mundialista, estas mujeres situadas en torno al eje femenino-nacional resuelven sin conflictos evidentes la lógica de un mercado futbolístico cada vez más inclusivo. Y si, como afirma James Lull (1997), las lógicas y las reglas entrelazan la ideología con la vida cotidiana al contribuir a organizar la experiencia humana, la síntesis que resulta de ello participa de la construcción de la cultura.

Sin embargo, o quizás consecuentemente con ello, del análisis de las entrevistas realizadas surge que la pasión que define las identidades futbolísticas femeninas se fortalece en el plano de lo local, es decir, con el equipo del cual son hinchas y no con la Selección Nacional. La constatación de esta distancia entre la sobre-representación femenina durante los Mundiales y la propia percepción de las hinchas militantes amerita la hipótesis de que durante los Mundiales (y más especialmente durante los últimos) existe una eficiente aunque provisoria interpelación desde los medios, operación que cesa en ocasión del desarrollo de los distintos campeonatos locales y regionales. Por lo cual puede afirmarse que la mencionada sobre-representación es una estrategia massmediática tendiente a incluir a la audiencia femenina, y que la respuesta de la recepción es una respuesta negociada (Hall, 1980) en la cual habría cierta coincidencia con los significados propuestos por la producción aunque éstos se modifiquen en función de una adaptación localizada.

Sensibilidad y sentimiento

“...lo sensible es precisamente lo que, sin moverse de su lugar, puede frecuentar más de un cuerpo”. M. Merleau-Ponty

En el fútbol, la experiencia sensible es patrimonio de los hombres. De allí que no pueda frecuentar todos los cuerpos sino sólo aquellos que están legitimados para albergarla.

Cuando abordamos el tema de la afectividad conviene en primer lugar diferenciar las emociones de los sentimientos. Mientras que las primeras, siguiendo a Le Breton (1999) son las resonancias breves y explícitas de un acontecimiento (pasado, presente o futuro, real o imaginario), el sentimiento instala esas emociones en una línea temporal que diluye su existencia en una sucesión de momentos vinculados a través de una línea significativa. El sentimiento se envuelve así de un discurso con valores comunes, mientras que la emoción es la primera traducción íntima del acontecimiento tal como se lo vive en forma sensible.

Tanto las emociones como los sentimientos requieren una primera evaluación personal y una posterior confrontación con los otros individuos que componen el grupo o comunidad. En cierta forma, dicha confrontación permite reflexionar sobre la distancia existente entre lo efectivamente vivido y aquello que el grupo le atribuye para legitimar, ordenar, clasificar y adquirir un sentido de pertenencia. Parafraseando a Le Breton, cada individuo, bajo la mirada de sus *otros significativos*, interioriza sus reacciones y es convocado a compartir lo que siente con el resto del grupo.

El estadio, como afirma Christian Bromberger (1993), es considerado por sus fans como un espacio que les pertenece y que pueden administrar con sus propias reglas. Si los fans son y han sido en su inmensa mayoría varones, estas reglas suponen una demarcación de género en el dominio simbólico futbolístico que organiza los espacios, los actores y las prácticas legítimas. El universo futbolístico parece ser una arena especialmente apta para ofrecer a la comunidad masculina espacios, actores, acciones y prácticas conducentes a la producción y reproducción de un *ethos* que, en tanto conjunto de emociones culturalmente organizadas de un grupo o comunidad (Bateson, 1986), se constituye como una forma de educación sentimental masculina. En el fútbol, como plantea Archetti (1985), distintos actores comunican a través de prácticas sus orientaciones valorativas y afectivas. La arena expresiva que permite esta comunicación es un escenario público que adquiere significación social no sólo en la propia experiencia comunitaria sino además en la resonancia que su configuración massmediática genera.

En este sentido, si para Le Breton la identidad está constituida por un sentimiento que se desarrolla en la pluralidad de resonancias de las experiencias, es necesario que este sentimiento sea confrontado con los modelos simbólicos que dan forma al flujo de emociones y le atribuyen significación social. Dichas

“guías” son para Geertz (1990) imágenes públicas que trafican el sentido de un sentimiento. Y la identidad posicional, en este terreno, es la de una identidad de género. ¿Dónde mejor, si no en el fútbol, se aprende el repertorio de conductas masculinas? De algún modo, si la educación sentimental que se genera en el universo futbolístico es utilizada con fines cognitivos para ordenar objetos, acciones y discursos, este ordenamiento emocional excluye a la mujer.¹³

La exclusión que se ejerce sobre las mujeres opera sobre distintos ejes discursivos y adquiere diferentes modalidades prácticas según la dimensión que abarque. En un análisis realizado en otra oportunidad habíamos señalado que la presencia de la mujer en el terreno futbolístico no se presenta como una disputa en torno a un conflicto de género. Y que la relación de la mujer con el hombre en el marco de este territorio específico no es una relación necesariamente marcada por la confrontación, ya que asume diferentes modalidades según el eje sobre el que se esté operando.¹⁴

Como ya habíamos señalado, la demarcación de género en el territorio futbolístico puede rastrearse en al menos cuatro dimensiones: el saber, la carnavalización, la pasión y la violencia. El relevamiento producido en ese momento nos permitía afirmar que el discurso masculino futbolístico designa a la identidad femenina en torno a la negación, la aceptación, la resistencia y la exclusión respectivamente de estas cuatro dimensiones. Es decir que, si consideramos la respuesta del actor hegemónico, ésta no siempre es de resistencia a la incorporación de un actor-otro, sino que dicha incorporación se sostiene muchas veces en la estabilidad de los códigos culturales tradicionales.

Los diferentes comportamientos registrados dan cuenta de la complejidad no sólo del campo sino también de las respuestas de los actores. Así, por ejemplo, mientras que se celebra la apropiación carnavalesca (aún si adopta formas ritualizadas y no alternativas) y se la espectaculariza massmediáticamente, la mujer es protegida en las ocasionales situaciones de violencia que se producen en los estadios. Esta exclusión no opera como eje de confrontación sino que reproduce los códigos dominantes, y es soportada también por la propia percepción de las mujeres en relación con la protección que reciben e, inclusive, de sus fronteras, es decir, del momento en que se transgreden las reglas y la mujer queda expuesta:

“En la cancha, no siento discriminación. Al contrario, siempre si hay lío o no, la gente de la hinchada se fija si hay alguna mina al lado. Es como que si sos mina y vas sola te protegen bastante. Te tienen bastante respeto también cuando viajás. Pero hay códigos que tenés que respetar. Una mina no se puede colgar de un para-avalancha en la cancha de Boca. Una cosa es la hinchada. La hinchada te re-protege. Pero no te quieras meter como mina en la barra”. (Bárbara, 23 años)

Sin embargo, es en las dimensiones del saber y de la pasión donde se producen los cortes más disruptivos respecto de la convivencia de géneros: a la mujer se le niega el saber y es resistida su capacidad para experimentar la pasión. Estas dimensiones aparecen vinculadas a dos mecanismos de exclusión: el saber y la práctica. Ambos intrínsecamente relacionados entre sí, confluyen en configurar un imaginario futbolístico demarcado por el género.

La negación de un conocimiento empírico se produce en términos de un saber que se juzga necesario para comprender el juego en sí mismo y del que las mujeres, tal como aparece en el imaginario futbolístico, carecen. Se trata de un saber que integra lo afectivo y lo emocional, un saber corporal, en tanto el cuerpo forma parte de ese acto de conocer (Maffesoli, 1997). Esta dimensión se manifiesta como significativa porque la negación de este saber no se presenta en forma transparente sino que conduce, por vías más opacas, a la desvalorización de la sensibilidad femenina respecto del fútbol. Si el fútbol es una suerte de educación sentimental destinada a construir un ethos masculino, la adjudicación del 'no-saber' aparece vinculada a la ausencia de prácticas futbolísticas que, se supone, todos los hombres han hecho alguna vez. Dicha práctica otorga el derecho a la palabra a los varones y a la vez restringe el campo:

“Mujeres en el fútbol... me es indiferente, pero me molesta que relaten o comenten, ya que tienen que haber jugado al fútbol para saber (...) el fútbol es de hombres y lo juegan los hombres...” (Federico, 28 años)

La negación así producida adopta la forma de una especie de “persuasión clandestina” que, al decir de Bourdieu y Wacquant, es ejercida simplemente por el orden de las cosas, es decir, aquello que está dado. Y dicha negación parece encontrar un serio obstáculo en la posibilidad de acceder a la práctica, toda vez que el fútbol femenino, que podría considerarse un lugar, en este sentido, de ‘aprendizaje’, no es valorado por las mismas mujeres que sí se sienten atraídas, en tanto simples espectadoras, por el fútbol masculino como un espectáculo al que tienen derecho a asistir.¹⁵ De allí que sea posible conjeturar que la mujer que incursiona en el ámbito futbolístico reivindica su condición de espectadora y su ubicación respecto de cierta capacidad de valorar la estética deportiva y no de un supuesto “derecho participativo”:

“No me gusta y no lo jugaría (...) Yo vi un clásico Gimnasia-Estudiantes y me pareció grotesco (...) No es lo mismo que el fútbol de hombres. Así como me gusta más el tenis de las mujeres porque es más vistoso y menos agresivo, en el fútbol me gusta más la agresividad, la fuerza. Me gusta el juego limpio pero también el luchado. Y el fútbol femenino no es así, es mucho más lento” (Alicia, 46 años).

Pero lo que nos interesa resaltar aquí es que en este universo simbólico público, junto con la negación del saber, a la mujer también se la excluye de la po-

sibilidad de la pasión, sentimiento que parece quedar confinado al ámbito de lo privado (ver telenovelas, por ejemplo).¹⁶ La categorización tradicional que remite la razón a lo masculino frente a la pasión como patrimonio propio de lo femenino —que implica una operación de jerarquización/desjerarquización o positividad/negatividad— pareciera diluirse y organizarse de otra forma. En el fútbol, en tanto fiesta popular, los sistemas de juicios o convenciones oficiales y consagradas (Bajtin, 1987) no sólo son suspendidos sino también puestos en duda.

Las modalidades que atraviesan el imaginario en función de las operaciones de restricción de la pasión al campo masculino aparecen señaladas en diferentes dimensiones del discurso futbolístico. Una de ellas, la ubicación espacial, podría catalogarse como un ámbito de conflicto en tránsito, en tanto algunos estudios señalan las modificaciones que lentamente se están produciendo a partir de la apropiación de ciertos territorios por parte de las mujeres que asisten a los estadios.¹⁷

Estos cambios provienen ciertamente de una práctica de asistencia a los estadios más frecuente, lo que permite a la mujer ejercer cierta distancia reflexiva respecto de los lugares apropiados y los inadecuados y de realizar cálculos tácticos en función de modificar la situación. Esto significa que la práctica de concurrir asiduamente a los estadios posibilita reconocer los espacios permitidos y los vedados, aún cuando muchas veces la prohibición de acceder a estos últimos no es una restricción reglamentada por los hombres sino que deviene de particularidades o modalidades específicamente femeninas:

“Indirectamente te das cuenta de que es un lugar privativo de los hombres, no pensando que invadís, sino que te vas a sentir incómoda porque ahí los hombres actúan de otra manera. En una de éstas, si vas a una platea no te vas a sentir invadiendo un lugar de hombres. El ambiente que se vive en la popular hace que te des cuenta de que ese lugar no es para la mujer porque se te hace incómodo y no te van a decir ‘perdón, señora’”. (Alicia, 46 años)

Este mecanismo puede catalogarse, inclusive, como el de una autoexclusión:

“Yo nunca pensé que estaba invadiendo un lugar. Atrás del arco, por ejemplo, yo me di cuenta de que no era un lugar para mujeres porque saltan de otra manera, te empujan, la mujer es más tonta, no sabe caerse, no sabe agarrarse. Estamos con cartera, con cosas que cuidás para que no se caigan. No es el lugar ideal para la mujer”. (*idem*)

En cambio, cuando las reglas son impuestas por los actores tradicionales, la toma de conciencia de los límites es, si se quiere, más brutal. Respecto a si la barra de Boca es machista, Bárbara no tiene dudas:

“Sí, totalmente machista. No te podés subir a un para-avalancha porque ya te vienen a bajar. Hay ciertos espacios a los que no se puede acceder”. (Bárbara, 23 años)

Por otra parte, en el plano discursivo, resulta interesante observar la relación que se establece entre el sentimiento, la pasión, el amor y la popular en contraposición a la platea — ámbito más conveniente para las mujeres según perciben los entrevistados hombres y mujeres— en la que el partido no se “sentiría” de la misma manera:

“... A la platea no voy porque no me gusta. El clima es muy frío. Está llena de mujeres y de jubilados y el fervor que hay en la popular es único, se vive el fútbol tal cual es...” (Leonardo, 26 años)

“A veces me parece, a como está la gente a nivel violencia, lugar de empujes y manoseos, no me parece un lugar adecuado (la popular) para una mujer, pero... sí... bueno... la respeto”. (Sergio, 25 años)

Otra de las operaciones que restringen la pasión al universo masculino aparece simulada bajo la forma de falta de autenticidad o de ausencia de compromiso real con el fútbol. En las entrevistas tanto a hinchas hombres como mujeres, la *mujer fanática* es rechazada por estar realizando una representación simulada, una actuación que sería una respuesta a la interpelación de la moda.

“La verdad que no me molestan si van a la cancha, a mí no me afectan en nada. Creo que lo hacen más por caretear y para hablar con un tipo de fútbol con conocimiento de causa, pero no creo que lo hagan porque les nace del alma. Además hay muchas que van a acompañar a los novios, pero de esas que das cuenta por la cara de aburridas que tienen.” (Alejandro, 27 años)

En la misma operación, estas mujeres perderían su femineidad y adoptarían gestos y actitudes masculinas.

“En el momento me chocó ver mujeres demasiado fanáticas, me da la sensación de que emulan un poco al hombre. Creo que no hay una fanática de fútbol con una personalidad propia. (...) Las mujeres que yo vi que gritaban y hacían cantitos y todo tenían una actitud bastante masculina..” (Claudia, 32 años)

“Y, (el fútbol) es un deporte de hombres... pero ellos lo toman como un alivio, un gran amor, por ahí yo lo veo así. Hay gente que vive el domingo en función de un partido. En cambio no me gustan las mujeres machistas que van a la cancha, porque me choca ver a una mujer puteando.” (Dany, 23 años)

“Una mujer que se involucra en el fútbol como hincha pierde toda su femineidad, que por supuesto es lo más lindo que tienen las mujeres.” (Darío, 42 años)

La aparición, esporádica, de mujeres que expresan ese mismo ethos con rasgos masculinos, es tratada en algunos programas televisivos como notas exóticas o, inclusive, como aquello que no presenta diferencias en términos de atributos de género.¹⁸

Privadas de la pasión por el fútbol, y no demasiado interesadas en cambiar las reglas, a las mujeres les restaría acompañar a los hombres y gozar del espectáculo, tomar distancia y analizarlo o padecerlo. Y aunque las mujeres puedan participar y hasta disfrutar del fútbol, difícilmente alcanzarían los estadios emocionales que sí invisten las prácticas de los varones: el amor, la pasión, el alma, la “camiseta”. Los hinchas aceptan la presencia de la mujer, pero consideran que ellas nunca podrán sentir “como los hombres” la pasión por el fútbol.

“Pueden entender el fútbol desde el lado del deporte, sus reglas y sus técnicas, pero no pueden entenderlo desde el lado del sentimiento, porque el fútbol, mal que te pese, está hecho para hombres.” (Daniel)

“Ellas no sienten el fútbol. Cuando hablan con coherencia lo hacen desde un punto de vista objetivo. No entienden la esencia del juego...” (Alejandro, 27 años)

(Sobre cómo es eso de gritar un gol con el alma): “Si pudiera explicártelo, te lo diría, pero no sé. Además te das cuenta que a los que están al lado tuyo les pasa lo mismo y eso te hace gritar más. No sé... además vos sos mujer, así que no lo entenderías.” (Darío, 42 años)

Lo cierto es que en el proceso de apropiación del terreno del estadio, la mujer se encuentra reivindicando su capacidad de experimentar un goce tradicionalmente vedado:

“Eso sí: canto, grito, salto... me encanta. (...) Es como que a veces te despejás, vas y gritás, te expresás como querés... (...) Me encanta ir a la cancha, me encanta el marco, me encanta ver la cancha llena, la gente cantando, gente divirtiéndose. Me gusta”. (Virginia, 21 años).

“No son las cosas que hacés, es cómo te sentís”. (Sandra, 19 años).

“No es mi terapia porque no soy de ir a descargar de nada, voy más a buscar que a descargar. A buscar un momento gratificante, de alegría, de reunión con amigas o amigos, la parte social”. (Alicia, 46 años)

Y este goce se vincula con cierta “libertad” que experimentan, sobre todo en contraposición con otros espacios donde ésta se vería más restringida:

“En la cancha los estados de ánimo por segundo son tres millones y los cambiás continuamente.” (Virginia, 21 años).

“El estado de ánimo que tengas en la cancha varía mucho (...) A veces te sentís la mujer más feliz del mundo, a veces te querés matar... son muchas sensaciones. Por un lado la euforia que sentís en una cancha de fútbol no la sentís en ningún otro lado. Como mujer, quizás es uno de los lugares en donde más libre te sentís”. (Sandra, 19 años).

Sin embargo, dicha libertad se vería limitada para las mujeres a la hora de cumplir con algunos rituales tradicionales del juego y del carnaval futbolístico. En este sentido pudimos observar que las mujeres quedarían excluidas de los rituales de festejo por particularidades propias del género femenino:

“El fútbol tiene actitudes y códigos masculinos y machistas. ¿Vos te imaginás a una mina en medio de la 12 en el mismo momento en que Boca hace un gol? Es absurdo.” (Daniel)

Melodrama, pasión y ethos

Durante los Mundiales de fútbol aparece con grandilocuencia el cliché que advierte sobre los “peligros” que trae aparejado el consumo exacerbado de fútbol para las parejas. La clave para esta distinción es aquél que coloca al género melodramático como consumo aceptado de una audiencia femenina.¹⁹

Posiblemente haya pocas diferencias entre quienes se deleitan viendo los avatares de una telenovela y aquellos que se entregan a las derivas de un partido de fútbol, haciendo más borrosa la distinción: un partido de fútbol no difiere mucho de un melodrama.²⁰ Quizás ocurra que en el segundo los componentes básicos estén un poco más disfrazados, aunque en el fondo el alimento de una y de otra emoción descansa en el mismo mecanismo alejado de una cuestión de género.

Pero aun cuando se pueda aplicar el concepto de melodramático también a un partido de fútbol (con lo cual habría cierta simetría en la diferenciación, relativizando los argumentos del sentido común), lo cierto es que el fútbol ofrece la posibilidad a los hombres de ejercer su pasión legítima y públicamente. Un espacio narrado, vigilado y preservado por los hombres para dar rienda suelta a esa especie de “gasto improductivo” (Bataille, 1987) que representa la expresión de sentimientos y emociones y cuya lógica es contraria a la lógica económico-racional.²¹

Mientras que en el espacio del trabajo y del negocio al varón le está vedado ejercer la práctica del gasto improductivo, en el estadio se espectacularizan públicamente las apuestas por el honor, la gloria y la dignidad, valores asociados culturalmente a los varones. Y, a través de esta espectacularización, se construye y se reorienta una particular significación social masculina.

Contrariamente, el discurso masculino recluye a la mujer al ámbito doméstico-privado y es allí donde podría, si no apasionarse, al menos gozar del espectáculo futbolístico. Es decir, se le concede la capacidad del goce a través del consumo espectacular, cuando es interpelada como parte de una gran audiencia.

“Ahora lamentablemente hay más. No es que sea machista, pero en el fútbol específicamente, las mujeres no saben nada. Esa es la verdad, el que nunca jugó al fútbol, porque hay que estar, hay que patear una pelota alguna vez. Es clás-

sico que una mujer diga: ‘no puede patear así’, y no entiende que hay miles de factores. Las mujeres están más para la televisión y esas cosas. Ahora hay un marketing de los jugadores, cada vez son más lindos, entonces las mujeres se acercan más, pero lamentablemente no saben de fútbol”. (Diego, 20 años).

De ahí que sobre la mujer se ejerza una violencia simbólica que de algún modo le impide acceder a los mecanismos culturales que producen y reproducen ese particular ethos porque estaría amenazando su exclusividad de representarlo públicamente. El fútbol pareciera colocarse como aquel lugar que puede completar la esfera de lo público destinada históricamente al varón, aunque delineándose como diferente del resto de los espacios públicos. Si los otros lugares (el Parlamento, la Cátedra, el negocio) constituyen el eje de la racionalidad, el estadio permite la configuración de un espacio de expresión de la emoción, los sentimientos y la pasión que el hombre toma para sí en función de una completa representación social.

En otras palabras, el estadio es un lugar público donde los hombres pueden escenificar su ethos legítimamente, aun cuando esté regulado por las normas del autocontrol (Elias, 1992) y sea censurado cuando se exceden sus límites.

Finalmente y asimismo, la pasión pareciera intensificarse cuando se liga a lo local. Apesar de que los medios construyen narraciones espectaculares a partir de mitos inteligibles anclados en lo nacional para todos los espectadores —en mayor medida, como ya se argumentó, durante los Mundiales—, las identidades locales persisten. Así, los hinchas militantes, tanto mujeres como hombres, diferencian la pasión que sienten por los equipos locales de la que despierta la Selección argentina. El primero es un sentimiento permanente y supremo, que no puede ser modificado por nada, mientras que la otra es una “pasión transitoria” que responde a interpelaciones publicitarias, políticas y comerciales y que se diluyen pasado el Mundial.

Esa relación se ancla simbólicamente en la vivencia, en tanto pone el acento en la dimensión comunitaria de la vida social, subraya la mística y une a los iniciados entre sí, conformando de una manera misteriosa el vínculo que hace que la comunidad de hinchas sea causa y efecto de un sentimiento de pertenencia (Maffesoli, 1997). Un repertorio de creencias, estilos, valores y símbolos que constituyen procesos densos y dinámicos de producción de sentidos identitarios: una historia común de campeonatos vividos, de triunfos y fracasos deportivos, de gloria y de sufrimiento.

Final: Aguanten las Madres

Desde una perspectiva de género, tal vez optimista, podría argumentarse que este escenario, o, mejor dicho, estas escenas aisladas, formarían parte de un momento de transición desde la subordinación a una suerte de liberación femenina en este campo. Que la aparición de la mujer podría modificar, aunque en grado

mínimo, las retóricas y las narrativas futbolísticas. Y que su representación, aún sesgada por el discurso masculino y por la *violencia retórica* (Lauretis, 1994) que de él emana, sería un dato significativo que no habrá que olvidar para dar cuenta de mecanismos contestatarios o alternativistas.

Sin embargo, lo analizado hasta aquí permite inferir que tanto las representaciones como las prácticas reproducen las gramáticas de producción (e interpelan con unos códigos de reconocimiento) pertenecientes al universo simbólico masculino, y que no aparecen intenciones de prácticas que permitan habitar dominios culturales de la masculinidad de otro modo que no sean los modelos definidos culturalmente (Morley, 1996).

En otras palabras, ¿podría imaginarse, en este sentido, una práctica asociada a lo futbolístico que porte valores femeninos no heterónomos? Si la práctica del “aguante”²² es esencialmente masculina, ¿cómo sería, en estos términos, un “aguante” gestado autónomamente? ¿Portaría valores no-machistas, no homofóbicos, sería no-violento? Si el ejercicio de un verdadero poder alternativo significa la ruptura con los mecanismos tradicionales de dominación (Hooks, 1992), no parece haber aquí lugar para reconfigurar las prácticas.²³

Territorio conquistado y no a conquistar, un “aguante” de estas características sería imposible de ser pensado y más aún de ser representado. Las prácticas menos dóciles observadas en las mujeres, aquellas más alejadas de los códigos de reconocimiento de los atributos femeninos, aparecen como ritualizaciones, es decir, como prácticas que en un sentido goffmaniano no ofrecen una respuesta alternativa a las conductas esperadas. O como afirma José Nun: “Para que un movimiento sea genuino debe constituir una opción entre alternativas posibles; de lo contrario se trataría de un simulacro de juego...” (Nun, 1989: p.83).

Dicho de otro modo, para llegar a un punto en el cual las prácticas femeninas dentro del universo futbolístico se constituyan en contra-hegemónicas, habría que pasar por procesos previos que conduzcan a formar un espíritu de escisión y a una posterior organización (aunque ésta sea informal). Pero aquí, a pesar de que no está ausente el conflicto, ya que hay mecanismos de negación y exclusión, éstos conviven con mecanismos de aceptación e incluso de celebración (como la carnavalización). De hecho, como señala Bourdieu, la lógica de la dominación hace que a menudo el completo reconocimiento de una legitimidad cultural coexista con movimientos contestatarios. Y aún más, “la toma de conciencia política es a veces solidaria con una reafirmación -vívica como liberación- de la dignidad (...) implica una forma de sumisión a los valores dominantes y a algunos de los principios de la dominación, como el reconocimiento de las jerarquías” (Bourdieu, 1988: p. 401).

El análisis cultural consiste en desentrañar las estructuras de significación y en determinar su campo social y su alcance encarando una multiplicidad de es-

estructuras conceptuales complejas, muchas superpuestas o entrelazadas entre sí, que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas (Geertz, 1990). Entonces, sin desconocer que en el fútbol lo masculino constituye el marco que define las opciones posibles de las prácticas, los significados, las gramáticas y las representaciones, entendemos, siguiendo a Hall (1981), que no se trata de un estado de cosas dado y permanente sino que es una situación y una posición que deben ganarse y asegurarse activamente, porque también pueden perderse. Las mujeres y sus prácticas en el escenario futbolístico aparecen en las fisuras, las juntas y las grietas de las formas dominantes masculinas (Hall, 1985).

De allí que nos parezca pertinente situar estas prácticas como emergentes antes que como alternativas o simplemente nuevas. Es decir, como aquello diferente que puede incorporarse al campo y, en este sentido, como una emergencia activa e influyente de prácticas todavía no plenamente articuladas (Williams, 1977). Prácticas que, como parte de un proceso cultural, sólo pueden producirse en relación con un sentido cabal de lo dominante que es, en definitiva, la estructura de conjunto que les da sentido.

Bibliografía

- Alabarces, Pablo 1996 “Polifonía y neutralidad en Fútbol de Primera: la utopía industrial”, en Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela 1996 *Cuestión de Pelotas. Fútbol. Deporte. Sociedad. Cultura* (Buenos Aires: Atuel).
- Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela 2000 “Football and Fatherland: the crisis of national representation in Argentinian football”, en Finn, Gerry y Giulianotti, Richard (eds.) *Culture, Sport, Society*, Nro. 3, Vol. 2, en prensa.
- Archetti, Eduardo 1985 “Fútbol y ethos”, en *Monografías e Informes de Investigación*, N° 7, FLACSO.
- Archetti, Eduardo 1992 “Calcio: un rituale di violenza?”, en Lanfranchi, Pierre (ed.) *Il Calcio e il suo pubblico* (Nápoles: Edizione Scientifiche Italiana).
- Bajtín, Mijail 1987 *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento* (Madrid: Alianza).
- Bataille, George 1987 (1933) “La noción de gasto”, en *La parte maldita* (Barcelona: Icaria).
- Bateson, Gregory 1986 *La Cérémonie du Naven* (París: Biblio-Essais).
- Bauman, Zygmunt 1997 *Legisladores e Intérpretes* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes).
- Binello, Gabriela, Conde, Mariana, Martínez, Analía y Rodríguez, María Graciela 1999 “Medios, mujeres y fútbol. Un estudio de la representación de la mujer en la Argentina durante el Mundial de Francia ‘98”, ponencia presentada ante el *XXII Congreso Brasileiro de Ciências da Comunicação*, Universidade de Gama Filho, Río de Janeiro, agosto.
- Binello, Gabriela y Domino, Mariano 1998 “Mujeres en el área chica”, en Alabarces, Pablo, Di Giano, Roberto y Frydenberg, Julio (comp.) *Deporte y Sociedad* (Buenos Aires: Eudeba).
- Bourdieu, Pierre 1988 “La elección de lo necesario”, en *La Distinción* (Madrid: Taurus).
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loic 1995 *Respuestas. Por una antropología reflexiva* (Méjico: Grijalbo).
- Bromberger, Christian 1993 “Fireworks and the Ass”, en Steve Redhead (ed.) *The Passion and the Fashion. Football Fandom in the New Europe* (Aldershot: Avebury).
- Conde, Mariana, Díaz, Griselda, Martínez, Analía y Rodríguez, María Graciela 1998 “Aliens en territorio prohibido. Un estudio de la relación entre la

- mujer y el fútbol en la Argentina”, ponencia presentada ante las *IV Jornadas de Investigadores de la Cultura*, Instituto de Investigaciones “Gino Germani”, Facultad de Ciencias Sociales (U.B.A.), noviembre 1998.
- de Certeau, Michel 1996 *La invención de lo cotidiano. Artes de Hacer* (Méjico: Universidad Iberoamericana).
- Elias, Norbert 1992 “La génesis del deporte como problema sociológico”, en Elias, Norbert y Dunning, Eric, eds. *Deporte y ocio en el proceso civilizatorio* (Madrid: FCE).
- Eagleton, Terry 1981 *Walter Benjamin. O hacia una crítica revolucionaria* (Madrid: Cátedra).
- Fernández, Ana María 1994 *La mujer de la ilusión* (Barcelona: Paidós).
- Garriga, José 2000 “Violencia en el fútbol: la óptica del nativo”, mimeo.
- Geertz, Clifford 1990 *La interpretación de las culturas* (Barcelona: Gedisa).
- Goffmann, Ervin 1959 *The Presentation of self in everyday life* (Nueva York: Doubleday).
- Hall, Stuart 1980 “Encoding/Decoding”, en Hall, Stuart et al. (eds.) *Culture, media, language* (Londres: Hutchinson).
- Hall, Stuart 1981 “La cultura, los medios de comunicación y el efecto ideológico” en J. Curran, M. Gurevitch y J. Woollacott, (eds.) *Sociedad y Comunicación de Masas* (Méjico: FCE).
- Hall, Stuart 1985 “Master’s session”, *International Communication Association* (Honolulu, Hawaii).
- Hargreaves, Jenifer 1994 *Sporting females. Critical issues in the history and sociology of women’s sports* (Londres: Routledge).
- Hooks, Bell 1992 “El poder de descreer”, en Chejter, Silvina (Comp.) *El sexo natural del Estado* (Buenos Aires: Altamira).
- Lauretis, Teresa 1994 “La violencia de la retórica. Consideraciones sobre representación y género”, en *Travesías* (Buenos Aires), Nro. 2, Año 2.
- Le Breton, David 1999 *Las pasiones ordinarias* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Lull, James 1997 *Medios, comunicación y cultura. Aproximación global* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Maffesoli, Michel 1997 *Elogio de la razón sensible* (Buenos Aires: Paidós).
- Mandell, Richard 1986 *Historia cultural del deporte* (Barcelona: Bellaterra).

- Merleau-Ponty, M. 1960 *Signes* (París: Gallimard).
- Morley, David 1996 *Televisión, audiencias y estudios culturales* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Nun, José 1989 “Elementos para una teoría de la democracia. Gramsci y el sentido común”, en *La Rebelión del Coro* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Ortiz, Renato 1985 *Cultura Brasileira e identidade nacional* (San Pablo: Brasiliense).
- Ortiz, Renato 1992 “Cultura, Espacio Nacional e Identidad”, ponencia ante el *VII Congreso de Felafacs, Acapulco*, Octubre. Traducción de Mirta Varela.
- Villena Fiengo, Sergio 1999 “La ‘Sele’ somos todos. Imaginario nacionalista y fútbol en la prensa costarricense”, ponencia ante *la I Reunión del Grupo Deporte y Sociedad*, CLACSO, Cochabamba, 7-10 de diciembre.
- Williams, Raymond 1977 *Marxismo y Literatura* (Barcelona: Península).

Notas

1. La “Gorda Matosas” fue una famosa hinchada de River Plate, de Buenos Aires, entre mediados de los ’60 y fines de los ’70. “La Raulito” fue su contraparte en el club Boca Juniors entre comienzos de los ’70 y fines de los ’80. Ambas se caracterizaron por una fuerte masculinidad manifestada en ropas, lenguaje y comportamientos.
2. Para ampliar ver especialmente Archetti, E. (1985, 1992) y también Albarces, P. y Rodríguez, M. G. (2000).
3. Tenido como una práctica popular, y en el marco de las numerosas festividades religiosas del calendario medieval, el fútbol que se jugaba no tenía más reglas que las propias de cada región. No sólo no había una delimitación del campo de juego, sino que tampoco estaban definidos el número de jugadores o el tiempo de duración. Aún más, los jugadores podían cambiar de equipo en mitad del juego (Mandell, 1986). La práctica era más violenta que pacífica, y terminaba habitualmente con gran cantidad de heridos. De allí que fuera prohibida en numerosas oportunidades durante la Baja y Alta Edad Media, y circunscripta a un calendario festivo impuesto por la iglesia (Bauman, 1997).
4. Cabe destacar que desde el primer trabajo sobre el tema (1985) hasta el de 1992, se observa en Archetti un giro conceptual respecto de estos atributos que aparecen como identidad negativa. Mientras que en 1985 va a hablar de que “el derrotado es despojado de su sexualidad” (p. 30), en 1992 dirá que en este ritual se afirma la virilidad, lo que indica una atribución de sexualidad a los homosexuales que antes parecía ausente.

5. Para ampliar ver Binello, G., Conde, M., Martínez, A. y Rodríguez, M. G. (1999).

6. Conde, M., Díaz, G., Martínez, A. y Rodríguez, M. G. (1998).

7. A saber: los suplementos deportivos *Francia 98* del diario *Perfil* y *Mundial 98* de *Clarín*, el diario deportivo *Olé* y el *Diario del Mundial*, todos ellos comprendidos entre los días 10 de junio y 14 de julio de 1998, y la revista *El Gráfico* entre los números 4100 del 5 de mayo y 4110 del 14 de julio de 1998.

8. El lenguaje audiovisual de *Fútbol de Primera* ha marcado un hito en la televisación y espectacularización del fútbol. No sólo en las modalidades de enunciación (Alabarces, 1996) sino también, y especialmente, en las producciones y ediciones de sus separadores, logos y presentaciones iniciales que constituyen gran parte de su innovación y atractivo. Por ejemplo, su sección “Lo que viene” estructura la lógica narrativa del programa anticipando, en menos de un minuto, lo que va ser emitido en el siguiente bloque. Por otra parte, sus presentaciones iniciales estructuradas en formato de video clips (aunque con una lógica secuencial) conforman un espacio en donde es posible hacer visible a aquellos sujetos situados en el exterior de los partidos: fundamentalmente el público asistente, aunque también se exhiben en menor medida comerciantes o policías. Es aquí donde se observa la mayor cantidad de imágenes relacionadas con la mujer. Para ampliar véase Binello, G. y Domino, M. (1998).

9. Llamamos hinchas “militantes”, a estos efectos, al hincha varón o mujer que acompaña, al menos de local, a todos los partidos de su equipo.

10. Como afirma Ana M. Fernández: “Si bien lo público y lo privado han tenido sustanciales transformaciones históricas, lo que estos cambios han sostenido como su idéntico (...) es que el espacio público ha sido tradicionalmente ocupado por varones y el espacio privado por mujeres, connotando atribuciones de lo masculino y lo femenino respectivamente” (Fernández, 1994: p.133).

11. Para ampliar véase Ortiz (1985, 1992) y también Alabarces y Rodríguez (2000).

12. La breve difusión, por ejemplo, de inglesas y japonesas sentadas en la tribuna con anteojos de sol mirando atentamente el partido, contrasta con la saturación de imágenes que provocó la aparición de dos jamaquinas exhibiendo sus cuerpos y de algunas nigerianas con peinados exóticos. Lo mismo puede decirse de las brasileñas, aunque en este caso hombres y mujeres fueran enfocados por igual.

13. Podría compararse este espacio público con los ejemplos del *kefi* en Grecia y el *dezedor* en Portugal que da Le Breton. Ambas prácticas constituyen espacios reservados para la expresión del ethos masculino, de los cuales están excluidas las mujeres.

14. Por ejemplo, en los estadios el conflicto sí aparece en relación con la posición de sujeto del *otro*, donde la policía es el enemigo por excelencia y donde esta confrontación atraviesa la cuestión de género. Ver Conde, M., Díaz, G., Martínez, A. y Rodríguez, M. G. (1998).

15. De algún modo, este rechazo del fútbol femenino podría ubicarse como un desvío de ciertas prácticas políticas feministas vinculadas al derecho a la igualdad o a lo que Jennifer Hargreaves (1994) denomina separatismo y acción positiva dentro de los estudios de género en relación con el deporte.

16. De hecho, y aunque esta tendencia se ha modificado en los últimos años, en su formato tradicional las telenovelas se ubicaban en las grillas de programación en aquellos horarios considerados como “de la mujer”, especialmente por la tarde.

17. Cfr. Garriga, J. (2000).

18. En *El aguante* del día 30 de abril de 1997, por ejemplo, se muestra en un separador a una mujer con atributos masculinizados, subida al para-avalancha, que cuesta identificar como tal.

19. Un índice de esta división es que, por ejemplo, durante el Mundial de Francia de 1998, la estrategia del Canal 9, el único canal privado que no realizó emisiones de fútbol durante el Mundial, fue apuntar al target femenino programando, en el horario de la tarde, talk shows y telenovelas; es decir, apostó al género melodramático, un género que, según reza el cliché, es consumido fundamentalmente por las mujeres.

20. Es más, una de las claves para descifrar la pasión que despiertan los Mundiales de Fútbol es justamente su componente melodramático: la falta de certezas respecto del final; las tramas enredadas; el sinsabor de “ir a penales”; la injusticia de la muerte súbita; el despliegue de teorías conspirativas; la búsqueda de una identidad perdida, aunque en este caso no se halle en una hermana gemela separada al nacer sino en los colores de una camiseta.

21. Según Bataille, el énfasis del gasto improductivo está puesto en la pérdida, la cual debe ser lo más grande posible para que adquiera su verdadero sentido. Así, en la práctica del *potlach*, se ofrecen riquezas al adversario con el único objetivo de provocar y desafiar al rival, que se ve en la obligación de responder con otra oferta más importante aún para evitar la humillación pública.

22. En la cultura futbolística argentina, el “aguante” designa, brevemente, la capacidad de soportar todo tipo de dolores o sufrimientos, también psicológicos pero especialmente físicos, para respaldar a un equipo. El aguante significa, especialmente, la exposición del cuerpo como significante privilegiado.

23. En este sentido, aunque forzando un poco las comparaciones, sí puede definirse el “aguante” de las Madres de Plaza de Mayo como una práctica gestada desde la ruptura con modelos tradicionales.

